

EL ANIMAL SOCIAL Y ECONÓMICO

Es propio del hombre, frente a los demás animales, poseer el sentido del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, y de los demás valores. La participación común de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad.

ARISTÓTELES

El poder estatal crece de día en día, pero son las tradiciones de la humanidad las que sostienen a la humanidad. Y la tradición del matrimonio es básica. Lo más esencial en ella es que un hombre libre y una mujer libre deciden fundar en la tierra el único Estado libre, el único que crea y ama a sus ciudadanos. Mientras estos seres reales y responsables se mantengan unidos, podrán sobrevivir a todos los cambios, atascos y reveses que constituyen lo que no es más que historia política. Pero si fallan mutuamente, entonces es absolutamente cierto que el Estado también les fallará a ellos.

CHESTERTON

1. Social por naturaleza

POR NATURALEZA, el ser humano es animal social. El escenario y la sustancia de la vida humana son las relaciones con los demás. ¿Qué sucedería si nadie nos reconociera y escuchara? La persona, sin los demás, se frustraría totalmente, porque su capacidad de dar y recibir, de dialogar y compartir, no podría ejercerse. Nadie ha nacido para estar solo. El primer desarrollo biológico, nervioso y psicológico del niño necesita de los demás: que otros le alimenten, le cuiden y le enseñen durante largos años, antes de que llegue a valerse por sí mismo. Y después de esta primera socialización en el hogar, vendrá la integración efectiva en la sociedad, y con ella la madurez humana. Porque la soledad es antinatural y negativa, hasta el punto de impedir el reconocimiento propio: no

hay yo sin tú. Y el tú es siempre una persona, un semblante que nos escucha y nos habla: una persona es lo primero que contempla el recién nacido, al reconocer a su madre antes que a sí mismo.

El hombre es un ser efectiva y afectivamente vinculado a cosas y personas. Por esos vínculos –una familia, una lengua, una cultura, unos amigos, un trabajo, una patria– crece y se desarrolla como persona. Por tanto, está necesitado de la sociedad para echar raíces. El niño no sabe que la sociedad en la que vive ha costado siglos de esfuerzo. Todo lo que le rodea le parece natural, como si existiera desde siempre. Sin embargo, su misma lengua y su expresión escrita, un semáforo que dirige la circulación, una señal que regula la velocidad, un libro de texto, un hospital, un abogado que defiende a un acusado, un jubilado que cobra su pensión, un supermercado, una escuela de enfermería, son enormes conquistas humanas, que existen gracias a que muchos hombres y mujeres han sumado esfuerzos e ilusiones durante siglos.

Que el ser humano es social por naturaleza significa, entre otras cosas, que no puede vivir sin la sociedad, y que la vida en solitario nunca le haría feliz. Tal imposibilidad queda demostrada en el hecho de que ninguna persona opta por vivir enteramente sola, ni siquiera teniendo todos los bienes que para ello hacen falta. Ello es así porque ningún individuo puede procurarse por sí solo todas las cosas que necesita. Sin la familia, la vida sería difícilmente soportable y, en muchos casos, inviable. Pero, además, la sociedad civil ofrece una multitud de bienes que una familia aislada no puede producir. Por tanto, se equivocaría quien planteara las relaciones con la sociedad como un obstáculo para la realización individual, pues el desarrollo de las personas y de las sociedades está mutuamente condicionado.

2. La familia

HAY DOS tipos de relaciones sociales que superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil. Antes que ciudadano, el hombre es miembro de una familia. Por eso, la familia es, sin duda, la tradición más antigua que conocemos. Si la humanidad no se hubiera organizado en familias, tampoco hubiera podido organizarse en naciones.

En sentido amplio, *familia* se aplica al conjunto de individuos vinculados por algún parentesco: hay familias animales y vegetales, se habla de la gran familia humana, y Dante coloca a Aristóteles sentado entre la familia de los filósofos. En sentido menos general, *familia* es la comunidad de personas que viven y trabajan juntos para satisfacer sus necesidades. Cuando esta vida en común se basa en la paternidad y en la protección de los hijos se da lugar a la familia en sentido pleno: la sociedad conyugal, la comunidad de padres e hijos.

Rasgos esenciales de la familia	
<ul style="list-style-type: none"> - Comunidad de vida - Lazos de sangre - Unión basada en el amor - Tres fines de máxima importancia: <ol style="list-style-type: none"> 1. Proporcionar a sus miembros bienes necesarios para su vida 2. Criar y educar a los hijos 3. Y ser célula de la sociedad 	

Aristóteles afirma que el ser humano es naturalmente más conyugal que civil. En primer lugar, porque la sociedad civil presupone las sociedades domésticas. En segundo lugar, porque la generación y la crianza de los hijos son más necesarias para la vida humana que los bienes proporcionados por la sociedad.

Sin familia, la especie humana no es viable, ni siquiera biológicamente. Un niño, una anciana, un hombre enfermo, no se valen por sí mismos y necesitan un hogar donde poder vivir, amar y ser amados, alimentados, cuidados. El hombre es un ser familiar precisamente porque nace, crece y muere necesitado. Además, todo hombre es siempre hijo, y esa condición es tan radical como el hecho de ser varón o mujer. Ningún niño nace de una encina, decía Homero, y tampoco en soledad, sino en los brazos de sus padres: nace para ser hijo. Por tanto, la filiación, la dependencia de origen, es una característica fundamental de la persona.

Toda persona está sometida a un proceso de socialización más o menos intenso, desde un recién nacido hasta un emigrante. Los grupos o contextos sociales donde tienen lugar procesos de socialización se denominan agentes de socialización. Los más importantes son la familia, los amigos, la escuela, los medios de comunicación y las relaciones laborales.

Como todo lo humano, la familia es una organización con defectos reales, y estaría ciego quien no los viera, pero es una ilusión pensar que existen sustitutivos mejores. Es la biología quien obliga a la mujer a descansar tras su maternidad. Es la misma naturaleza quien proporciona a los padres niños muy pequeños, que requieren que se les enseñe no cualquier cosa, sino todas las cosas. Durante décadas, el divorcio se ha recomendado en Norteamérica como panacea para matrimonios mal avenidos. Hasta comprobar que el remedio es peor que la enfermedad. Hoy, los psicólogos afirman que ha llegado la hora de sustituir el lema «Si su matrimonio se ha roto, busque nueva pareja» por otro más sano: «Si su matrimonio se ha roto, arréglo».

William Bennett, desde su amplia experiencia como Secretario de Educación y Comisario Nacional del Plan contra la Droga en Estados Unidos, después de reconocer que «demasiados chicos norteamericanos son víctimas del fracaso parcial de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestras normas morales», llega a la siguiente conclusión: «Debemos hablar y actuar en favor de la familia: después de todo, la familia es el primer y mejor Ministerio de Sanidad, el primer y mejor Ministerio de Educación, y el primer y mejor Ministerio de Bienestar Social».

Una noche se despierta una mujer en su cama, ve una luz encendida y lanza la siguiente advertencia: «¡Mafalda, apaga esa luz y duérmete de una vez, que son las doce y pico!». En las viñetas siguientes, la niña obedece y apaga la luz, mientras refunfuña para sí: «¡Horas extras! ¡Además de ser la madre de una todo el día, encima hace horas extras!». Con frecuencia se olvida que el Estado no es un padre ni una madre, y que por muy poderoso que sea, jamás ha educado a un niño, y nunca lo hará. También se olvida que los niños solo pueden ser educados si sus padres poseen cierta dosis de autoridad y sentido común. En concreto –aconseja Bennett– deben hablar a sus hijos de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal.

Espectadores de una crisis familiar sin precedentes, que afecta sobre todo a las democracias occidentales, Bennett y otros muchos analistas sociales llegan de nuevo a la vieja conclusión de que la familia es la más amable de las creaciones humanas, la más delicada mezcla de necesidad y libertad. Si se apoya en la reproducción biológica, su finalidad es la formación de personas civilizadas y felices. Solo ella es capaz de transmitir con eficacia valores fundamentales que dan sentido a la vida, y eso la hace especialmente valiosa en un mundo consagrado al pragmatismo.

La familia aparece como naturalmente estable y monógama, de acuerdo con los sentimientos naturales de sus miembros más débiles: los niños a duras penas soportan la separación de sus padres. La humanidad descubrió muy pronto que el amor, la unión sexual, el nacimiento de un hijo, su crianza y educación, son posibles si existe una institución que sancione la unión permanente de un varón y una mujer: el matrimonio. La fuerza del impulso sexual es tan grande y la crianza de los hijos tan larga que, si no se instituye una unión de los esposos con estabilidad y exclusividad, esas funciones se malogran, y la misma sociedad se ve seriamente afectada. A la responsabilidad genética corresponde, también por derecho natural, la responsabilidad educativa de los progenitores. Ello exige la mencionada estabilidad, porque la actividad procreadora y educativa no es auténticamente humana si no se apoya en la donación personal completa del varón y la mujer, y porque resulta incompatible con una relación transitoria e inestable.

La familia es una escuela de vida personal y social, en la que el modo de existir en cada edad va aprendiendo los modos de existir de las demás edades. Respecto a los padres, el hecho de ser hombre y ser mujer los hace naturalmente complementarios: son distintos entre sí, pero mutuamente necesitados desde las profundidades del cuerpo hasta

las cimas del alma. Y en su unión familiar, ambos han de aceptar la obligación de un contrato protector de la familia, entre otras cosas porque los hijos necesitan su tiempo, su dinero, su ejemplo, sus conocimientos y sus energías. En palabras de Chesterton: «El lugar donde nacen los niños y mueren los hombres, donde la libertad y el amor florecen, no es una oficina ni un comercio ni una factoría. Ahí veo yo la importancia de la familia». Dicho de otra forma: en la familia, el hombre nace, crece, se educa, se casa, educa a sus hijos, y al final muere. En la familia se aprende y se enseña a vivir y a morir, y esa enseñanza, realizada por amor, es un trabajo social absolutamente necesario, imposible de realizar por dinero.

Sería equivocado ver la familia como célula de la sociedad tan solo en sentido biológico, pues también lo es en el aspecto social, político, cultural y moral. Virtudes sociales tan importantes como la justicia y el respeto a los demás se aprenden principalmente en su seno, y también el ejercicio humano de la autoridad y su acatamiento. La familia es, por tanto, insustituible desde el punto de vista de la pedagogía social. Su propia estabilidad, por encima de los pequeños o grandes conflictos inevitables, es ya una escuela de esfuerzo y ayuda mutua. En esa escuela se forman los hijos en unos hábitos cuyo campo de aplicación puede fácilmente ampliarse a la convivencia ciudadana. De hecho la convivencia familiar es una enseñanza incomparablemente superior a la de cualquier razonamiento abstracto sobre la tolerancia o la paz social.

3. La sociedad civil

UNA SOCIEDAD es un cuerpo cuyos miembros son seres humanos que conviven, siempre que por convivencia se entienda no el mero vivir juntos sino la ayuda recíproca. Cuando se cumplen estos requisitos de una forma estable, hay sociedad: desde una familia hasta una confederación de Estados, pasando por una asociación profesional, un equipo de fútbol, un sindicato, un colegio...

La visión clásica de la vida social pone el fin de la misma en el bienestar, en una vida buena que se logra gracias a la convivencia, siendo la propia convivencia o amistad en sentido amplio una parte importante de lo que entendemos por bienestar. Varias son las condiciones para que sea posible esta convivencia positiva. En primer lugar, ha de ser libre y pacífica. Salvaguardar esa paz es misión de la autoridad legalmente constituida. También es necesario un lenguaje: instrumento perfecto para compartir conocimientos y sentimientos, valores y proyectos, y para organizar un conjunto más o menos heterogéneo de personas. Toda sociedad es un sistema de comunicación y de intercambio, y lo primero que se intercambia son las palabras.

Para realizar el intercambio de bienes útiles y necesarios el hombre ha inventado un medio que mide los bienes repartibles: el dinero. Se trata de una convención universal, como el mismo lenguaje, y hace posible, en la práctica, la vida social. La vida social

necesita la división inteligente del trabajo. Toda división de funciones requiere, para ser aceptada, el prestigio y la fuerza de la autoridad. Sin autoridad que reparta la tarea común y garantice su cumplimiento, no hay sociedad sino caos. La autoridad también se encarga de repartir los bienes que son escasos, con un criterio justo. La justicia, como veremos en el capítulo siguiente, es el gran fundamento de la vida social.

La realización de las condiciones señaladas hace posible construir la estructura dinámica de la vida social por medio de las instituciones: sociedades intermedias donde se hace efectiva y se concreta toda la libertad y diversidad de la vida común.

Rasgos de toda institución
<ul style="list-style-type: none">- Un fin común. En el ejemplo de un hospital, la salud.- Un patrimonio común: el edificio, las camas, el instrumental.- Una tarea común, realizada de forma coordinada.- Una ley común: las normas de funcionamiento interno.- Un tiempo en común: el necesario para lograr el fin de la institución.

Estas características compartidas hacen de toda institución una forma de vida más o menos comunitaria, especialmente apta para el desarrollo de la amistad. Las instituciones son, por lo dicho, el modo más humano de vivir en sociedad, y la madurez de una sociedad se mide por la calidad de sus instituciones. ¿Cuáles son las más importantes? Podemos distinguir seis fundamentales, derivadas de las correspondientes necesidades humanas.

1. El hombre es un ser familiar; no se da la existencia a sí mismo: nace como hijo y deberá crecer, reproducirse y morir en familia. La familia es la primera y más básica institución humana.

2. Para subsistir, el hombre necesita producir y comercializar la producción. La institución fundamental que cubre ambas necesidades se llama empresa.

3. La sociedad solo es salvada del caos si existe una autoridad capaz de garantizar el triunfo de la justicia. Nacen así las instituciones jurídicas, que integran el poder legislativo, el administrativo, el judicial y el de policía, y también otro poder necesario para mandar sobre los anteriores: el ejecutivo, ejercido por el Gobierno. Muchas de estas instituciones son también políticas.

4. La necesidad que el hombre tiene de aprender es cubierta por las instituciones educativas. Entre otras ventajas, la educación le permitirá trabajar y ganar lo necesario para vivir.

5. El cuerpo humano es vulnerable. Por eso son necesarias instituciones que cuiden al enfermo, que le protejan, le amparen, le asistan y le ayuden a salir de la postración. Nos referimos a las instituciones asistenciales. Entre ellas, las más importantes son las sanitarias.

6. Las instituciones morales y religiosas se encargan de conservar y transmitir valores fundamentales que otorgan cohesión a cada grupo humano. Sin esos valores, la vida humana sería pura y ciega necesidad biológica.

4. El trabajo

ENTENDEMOS POR trabajo el esfuerzo humano destinado a la consecución de lo necesario para vivir. Sabemos que el hombre supera su constitutivo déficit biológico por medio de la invención y uso de instrumentos. Ese modo peculiar de satisfacer las propias necesidades mediante la técnica instrumental es precisamente el trabajo. Es, por tanto, necesario para sobrevivir y para vivir como seres humanos. No existe forma de evitarlo, ni siquiera con la invención de la máquina, pues detrás de la máquina está siempre el hombre, tanto para diseñarla y fabricarla como para controlar su funcionamiento y repararla.

Los grandes fines del trabajo son la mejora del mundo, de las condiciones de vida y del hombre mismo. Esos fines engloban una dimensión objetiva del trabajo (producción de recursos), una dimensión subjetiva (mejoramiento personal), una dimensión ecológica (transformación del medio), una dimensión social (configuración de la sociedad) y una dimensión económica.

El rendimiento del trabajo se plasma en un producto concreto, desde una cosecha de trigo hasta la superación de un examen. Esa dimensión objetiva es necesaria, pues si no se diera no podría hablarse en muchos casos de trabajo. El rendimiento objetivo, su cantidad y calidad, nos permite, en cierto sentido, medir y objetivar el valor del trabajo. Así, un producto deficiente tiene poco valor porque no cumple su fin, y un trabajo cuyo producto no tiene demanda es más bien un entretenimiento o un hobby. Esto significa que la cualificación profesional es importante para el trabajador, pues el valor de su producto beneficia a los demás y revierte sobre él. Trabajar bien es contribuir al progreso social, pues supone la mejora de las condiciones de vida de los usuarios y de uno mismo. Por la misma razón, trabajar mal es, en mayor o menor medida, una conducta antisocial. Por ello, el estudio y la preparación profesional son, además de un derecho, una